

Time, types and project methods

PALABRAS CLAVE | TIEMPO | METODOLOGÍA | TIPOLOGÍA | MUSEO DE MÉRIDA | RAFAEL MONEO

KEYWORDS | TIME | METHODOLOGY | TYPOLOGY | MUSEUM OF MÉRIDA | RAFAEL MONEO

# Tiempo, tipos y métodos de proyecto

ARTURO TOMILLO CASTILLO\* · Universidad Politécnica de Madrid, España · atomilloc@gmail.com

Fecha de recepción 10/septiembre/2015 · Fecha de aceptación 13/diciembre/2015

| RESUMEN |

Si el método científico de la era moderna respaldó en gran medida las intervenciones del Movimiento Moderno, el papel de la continuidad histórica fue reivindicado en la segunda mitad del s. XX cuando algunos arquitectos apelaron al valor de la tipología como instrumento de proyecto. En el proyecto para el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (1981-1985), Rafael Moneo adoptó un marco intelectual en línea con el concepto filosófico de razón vital. Esto representa una significativa reflexión en torno a lo que el valor tiempo supone como fundamento de la arquitectura así como operativa de proyecto. A este respecto las aún vigentes intuiciones contenidas en el proyecto no son ajenas a la actual tarea de la filosofía en el sentido de repensar los postulados temporales heredados desde la Antigüedad; ello nos permite abordar la reflexión acerca de algunos retos a los que hoy se enfrenta la disciplina.

| ABSTRACT |

If the scientific method of the Modern Era supported, to a large extent, contributions to the Modern Movement, in the second half of the 20th century, the role of historical continuity was re-vindicated when some architects questioned the value of typology as an instrument of the architectural project. In the case of The National Roman Art Museum of Mérida (1981-1985), Rafael Moneo adopted an intellectual framework in line with Ortega's philosophy of "vital reason" (reason with life as it's foundation). This leads us to reflect on the value of time as a fundamental aspect of architectural project. In this respect these instincts are not foreign to current philosophical ideas, in the sense of rethinking concepts inherited from Antiquity; this helps us address some of the challenges that the architectural discipline faces today.

INTRODUCCIÓN

Como consecuencia de la revisión crítica de la experiencia ofrecida por el Movimiento Moderno, en los años sesenta del pasado siglo, y especialmente en el ámbito de la arquitectura italiana, comienza a apreciarse el interés por recuperar el papel teórico de la tipología como instrumento del proyecto de arquitectura. Ello se llevará a cabo al revisar el papel de la continuidad histórica de las formas arquitectónicas en la estructura de la ciudad y al reivindicar un marco teórico capaz de avalar una respuesta adecuada desde la práctica del proyecto. Si la operativa disciplinar a la hora de acometer el proyecto moderno se fundaba en la asunción del método científico, ahora, el valor de la tipología llegó a concebirse como una alternativa a la denominada metodología, no tanto como rechazo al empleo de un método, sino como revisión de los parámetros históricos en la arquitectura. Sin embargo, los defensores

de la tipología no respondían a un mismo cuerpo doctrinal, sino que pueden constatarse actitudes intelectuales al respecto de muy diverso orden.

En este artículo nos centraremos en un proyecto, el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida de Rafael Moneo, construido entre 1981 y 1985, que aun habiendo sido documentado en diversas publicaciones en los años inmediatamente posteriores a su construcción, aún no cuenta con un estudio que aborde en profundidad las implicaciones respecto al valor tiempo como soporte y metodología del ejercicio disciplinar, o bien que dé cuenta de la vigencia que su reflexión supone de cara a los retos que la arquitectura plantea al día de hoy.

Aun siendo reseñable la distancia temporal que media entre la fructificación de la filosofía vitalista<sup>[1]</sup> a la que nos remitiremos –entre finales del s. XIX y la primera mitad del s. XX–, y la fecha

\* Arquitecto por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid (ETSAM) de la Universidad Politécnica de Madrid (UPM), España. Doctorando por el Departamento de Proyectos de la ETSAM-UPM. Lectura de tesis el 12-01-2016. Miembro del Grupo de Investigación Geometrías de la Arquitectura Contemporánea de la UPM. Profesor asistente en el seminario Disgeometrías Contemporáneas que dirige Miguel Martínez Garrido en el Máster de Proyectos Arquitectónicos Avanzados de la ETSAM-UPM. Autor de numerosos proyectos de arquitectura, de obra nueva y rehabilitación. Participante en congresos profesionales, artículos y proyectos de investigación y ponencias divulgativas.

[1] La filosofía moderna y racional del siglo XVII que comienza con Descartes asume la idea de un universo sometido a leyes inmutables bajo la confianza de que estas son cognoscibles por el hombre a través de una razón que reivindica su autonomía y que, por tanto, es ajena a todo principio externo de autoridad, bien sea esta mitológica o histórica. Ello conducirá a una cierta “eternización” en la filosofía vinculada a una idea de pensamiento abstracto y *sub specie aeternitatis* que deja fuera a la existencia como hecho concreto, temporal y en devenir. Por el contrario, la filosofía

1. Rafael Moneo. (1980-1985) Museo Nacional de Arte Romano de Mérida (NNARM). Ingreso al edificio. Fuente: fotografía del autor.

de redacción de este proyecto —lo cual podría sugerir cierta obsolescencia como criterio de análisis— debemos justificar su pertinencia al mostrar la asunción de los postulados acerca del tiempo que la arquitectura ha manejado durante la modernidad. Estos postulados, además de ser consecuentes con los asumidos por la Era Moderna, se incardinan en las significativas aportaciones heredadas desde la Antigüedad clásica y especialmente en lo que respecta a las contribuciones de los grandes filósofos griegos. En la medida en que el vitalismo —entre otros ámbitos del pensamiento, como los nuevos paradigmas científicos del s. XX—, supone una crisis e incluso una inversión de estos postulados y, en tanto en que el peso de los mismos sigue aún gravitando intensamente en la conciencia del arquitecto así como en sus métodos de proyecto, queremos enfatizar la conveniencia de revisar sus contenidos desde el prisma de los retos que plantea la arquitectura contemporánea, más si cabe al constatar que las aportaciones temporales antiguas y modernas siguen siendo actualmente objeto de revisión en los ámbitos de la filosofía y de la ciencia como consecuencia de los diagnósticos negativos que la temporalidad cronológica nos está permitiendo revelar.

Por ello, las intuiciones de Moneo en el proyecto que nos ocupa no solo no son obsoletas, sino que, a nuestro juicio, y como trataremos de mostrar, suponen un adelanto respecto a alguno de los más significativos retos que la arquitectura debe, a fecha de hoy, afrontar. Pensemos, por ejemplo, en alguno de los términos actualmente en debate entre los pensadores contemporáneos tales como la llamada *modernidad líquida*, expresión



acuñada por Zigmunt Bauman (Bauman, 2006), o lo que Giacomo Marramao denomina como *síndrome de la prisa* (Marramao, 2008). Desde esta perspectiva, ¿Cabe la reivindicación de la forma estable y de la firmitas en un mundo caracterizado por la disolución de la misma? ¿Es

posible la defensa de aquellos procedimientos de proyecto sometidos a una labor interpretativa bajo la tutela de un factor humano irreductible? ¿Son viables otras sensibilidades temporales en la tentativa de paliar las patologías contemporáneas?

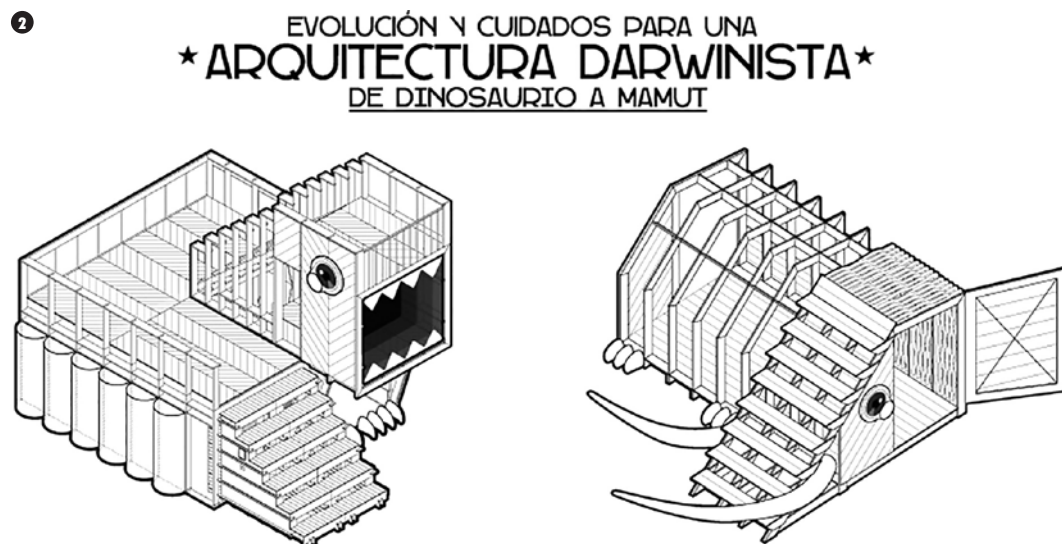
vitalista hará hincapié en el concepto de vida entendido como principio radical del pensamiento, esto es, como principio no reductible a la razón. Según el vitalismo, la vida humana es temporal y temporales son las realizaciones humanas, individuales y colectivas. De ahí que la historicidad sea rasgo esencial de las realizaciones culturales, y estas, por tanto, no puedan ser comprendidas ni interpretadas adecuadamente a no ser desde la perspectiva histórica. Al afirmar a la experiencia inmediata del hombre y al sentido biográfico del mismo, es decir, su "vivencia" como hecho primario, la filosofía vitalista ha sido en numerosas ocasiones descalificada por irracional. Esta irracionalidad desaparece, según Ortega y Gasset, si concebimos a la vida como fundamento y sentido, es decir como *lógos* capaz de ofrecer conexión a todos los hechos de la experiencia humana. La razón vital sería entonces un concepto de razón más amplio y, por tanto, abarcaría a lo que el racionalismo denomina como razón "a secas". Ortega denomina a esta última razón natural o físico-matemática y no es sino solo un entorno reducido de la razón vital.

2. Zoohaus. (2012) *Arquitectura darwinista; de dinosaurio a mamut*. Instalado como propuesta en la Oficina de Inteligencias Colectivas dentro de la exposición El Ranchito y, posteriormente, como invernadero. En ambos casos en los recintos de Matadero-Madrid. Ejemplo de una arquitectura entendida como “contagio” que asume como fundamento su propia adaptación formal a nuevos contextos mediante la optimización en el uso de sistemas a fin de posteriores reutilizaciones. Fuente: <http://fundacion.arquia.es/es/concursos/proxima/ProximaRealizacion/FichaDetalle?idrealizacion=5897>

Trataremos entonces de indagar en estas cuestiones, especialmente en lo que atañe a las metodologías de proyecto de arquitectura desde las conclusiones que nuestra reciente investigación en una tesis doctoral<sup>[2]</sup> nos ha permitido obtener. Debido a la amplitud del trabajo, no es posible abordar en este escrito la totalidad de los aspectos en él contenidos; nos centraremos aquí en el enfoque vinculado a aquellos elementos que consideramos pueden arrojar luz respecto a las relaciones entre teoría y práctica del proyecto, lo cual, si bien se centra en el edificio referido, creemos es extrapolable como reflexión respecto al ejercicio de la arquitectura en general. Dado el peso que a este respecto ha supuesto el valor de lo natural como fundamento de la disciplina, abordaremos en primer lugar una reflexión en donde se confrontará este concepto respecto a la idea de tiempo. En línea con estos apuntes, en el siguiente apartado mostraremos la dualidad entre los instrumentos metodológicos y tipológicos y, por último, nos referiremos al modo en que ello ha sido asumido en el Museo de Mérida.

## NATURALEZA Y TIEMPO

Al cotejar el uso que en arquitectura se hace de términos tales como la *firmitas* vitruviana, la idea de permanencia o la idea de estabilidad y al confrontar tales términos con la actualidad a la luz del valor tiempo, se nos ofrecen numerosas dificultades y paradojas. En la arquitectura del pasado, su compromiso y pertinencia en los ámbitos individual y colectivo quedaban justificados en virtud de su



durabilidad, valga la redundancia, en el tiempo; por el contrario la arquitectura actual debe lidiar con las muy notorias presiones encaminadas a la negación de los valores formales en tanto que estos parecen constituir más bien un gravoso y pesado lastre para el discurrir de la vida contemporánea en la que todo parece variar a ritmo vertiginoso y, en consecuencia, en donde todo es susceptible de rápida obsolescencia así como materia de desecho.

Si la voluntad de un compromiso intelectual y profesional se fundaba en la confianza de su pertinencia en un plazo razonable de tiempo, ahora, y frente a la liquidez de los tiempos, el arquitecto se refugia en la supresión de los valores formales mediante la ideación de arquitecturas versátiles, flexibles, reconfigurables,

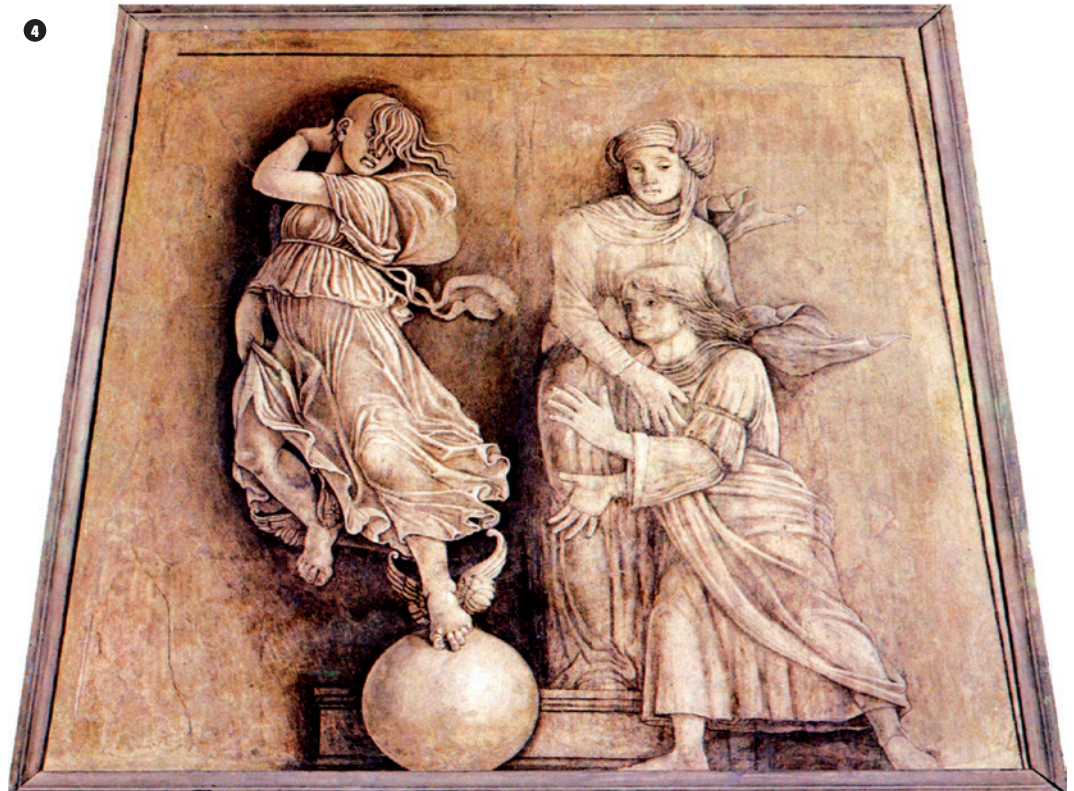
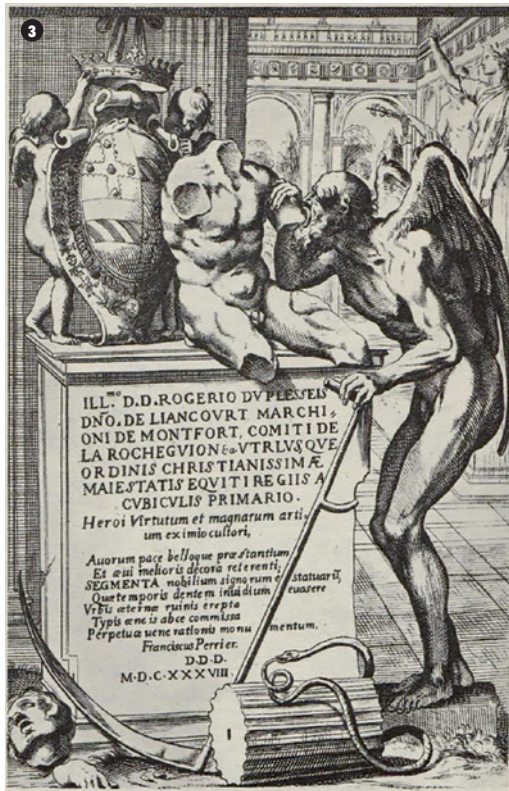
adaptables o efímeras, hasta el punto de que tal terminología ha proliferado ampliamente en las últimas décadas. Pero tal modo de proceder bien pudiera estar contribuyendo, no tanto a dar una respuesta satisfactoria a nuestra coyuntura, sino más bien a perpetuar la patología de la que esta es síntoma. Porque tal terminología no es prueba de la adecuación del arquitecto a su medio o al devenir de los tiempos, sino más bien mero contagio inmediato automático e inerte. La interpretación darwinista en este sentido es sesgada, pues la relación que el ser vivo establece con su medio es biyectiva, es decir, existe por un lado una lectura del contexto —el cuerpo se adapta a su medio—, pero también hay voluntad de cara a regular el medio a fin de conservar las constantes vitales que le confieren su autonomía —el medio se adapta al cuerpo—<sup>[3]</sup>.

<sup>[2]</sup> Tesis doctoral de Arturo Tomillo Castillo titulada: *EL TIEMPO COMO SUSTANCIA DE LA FORMA: UNA APROXIMACIÓN AL MUSEO DE ARTE ROMANO DE MÉRIDA DESDE LOS PRESUPUESTOS DEL VITALISMO*. Director: Miguel Martínez Garrido. Tribunal presidido por Rafael Moneo y conformado también por Antón Capitel, Enrique de Teresa, Fernando Marías y Juan Calatrava. Lectura con fecha de 12 de enero de 2016. Departamento de Proyectos Arquitectónicos. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.

<sup>[3]</sup> Esta idea es fundamental en el pensamiento orteguiano. En las *MEDITACIONES DEL QUIJOTE* nos dice: “Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: solo a través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo. La ciencia biológica más reciente estudia el organismo vivo como una unidad compuesta del cuerpo y su medio particular: de modo que el proceso vital no consiste solo en una adaptación del cuerpo a su medio, sino también en la adaptación del medio a su cuerpo [...]”. Como indica Julián Marías en los comentarios al texto, esto aclara el sentido de la famosa formulación que Ortega introduce a continuación: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. (Ortega 2007, pág. 76-77). Esto significa que el yo no es un mero soporte inextricablemente unido a la circunstancia (léase en términos de arquitectura, al contexto, en el más amplio sentido); el yo, efectivamente está inevitablemente condicionado por ella, pero, a la vez, goza de autonomía, no se identifica con ella como un mero automatismo causal. “Podríamos decir que yo estoy definido por mi circunstancia, dice Marías en el mismo texto, pero mi circunstancia no me define; esto es, no soy más que con ella, y decide mi ser, pero no lo agota, no está dado mi ser —si se quiere, mi ser futuro— cuando está dada mi circunstancia y un ‘yo’ abstracto, puntual, puro sujeto de ella”.



3. Perrier Fr. (1638) El tiempo destructor. Grabado. La Edad Moderna heredó de la Edad Media la imagen de Chronos como agente entrópico y destructor. Fuente: <http://www.arteiconografia.com/2011/02/el-tiempo-destructor.html>
4. Mantegna, Escuela de (ca. 1500). Alegoría de la ocasión. Fresco en grisalla. Una matrona se apoya sobre un pedestal rectangular representando la estabilidad. La Occasio se alza sobre el eterno giro de la esfera. A pesar de las numerosas excepciones, durante el Renacimiento la corriente principal de pensamiento asoció a la Virtud con la constancia y estabilidad. Fuente: <http://www.zeno.org/Kunstwerke/B/Mantegna,+Andrea%3A+Ocasio+et+Poenitentia>



Entonces, el referido contagio —en tanto que reflejo directo y unívoco— es prueba de una falta de compromiso y responsabilidad por parte del arquitecto; muestra la falta de confianza en la transformación del lugar porque bajo la premisa de la reversibilidad o flexibilidad de su arquitectura olvida la trascendencia de sus actuaciones. Dice respetar el lugar pero no lo fertiliza; más bien muestra la ligereza del que no ha sopesado la materia sobre la que interviene y cree así que sus ideas pueden fácilmente aliarse con una tecnología que permite imponer un criterio que aun pudiendo ser brillante, en ocasiones, paradójicamente, no se incardina en el pulso del mundo al que pertenece. Su intervención entonces se descarga del compromiso con la interpretación de la materia y con la realidad contextual en la confianza de que los tiempos no dejarán huella en la arquitectura ni, a la inversa, la arquitectura no dejará huella en el tiempo.

La actual ideología imperante que podríamos denominar como “adaptación a los tiempos” tiene, como es lógico, unos antecedentes históricos que pueden detectarse en el pensamiento moderno ilustrado y romántico pero que, a su vez se remontan a la Antigüedad, y en concreto, en lo que respecta a la formulación de la relación entre los términos de *ser natural* y *de tiempo*; es entonces en la antigua ontología griega donde debemos indagar acerca del concepto de *natura*, porque las repercusiones que esto supone en la conciencia contemporánea de la arquitectura son más que notables. Si la forma arquitectónica no encaja en el devenir de los tiempos, si esta se toma como lastre pesado e inerte y, si presuponemos que su ser es natural y estático, entonces deducimos que la forma debe cambiar en paralelo a “los tiempos”. Sin embargo, esta secuencia lógica no es rigurosa, pues ella responde a un juicio previo y

paradigmático incardinado en la idea de *natura* según la acepción a la que nos referiremos a continuación. Previamente cabe indicar que la remisión a estos aspectos gnoseológicos resultan pertinentes en este escrito en la medida en que, como indica Thomas S. Kuhn: “Los hombres cuya investigación se basa en paradigmas compartidos están sujetos a las mismas reglas y normas para la práctica científica” (Kuhn, 1994, p. 34), es decir, un modelo de conocimiento implica una determinada metodología aceptada.

Según José Ortega y Gasset el concepto griego de *natura* es filtrado por Aristóteles, modificado por los estoicos e introducido en la modernidad a través del Renacimiento (Ortega, 1983). Nos importa aquí fijar su definición, que Ortega pone en boca de Robert Boyle: “la *natura* es la regla o sistema de reglas según la cual se comportan los fenómenos” (Ortega, 1983, p. 27), lo cual supone que lo natural

solo obedece a la ley o a la necesidad, idea esta no compartida por algunos pensadores presocráticos como Demócrito –quien admite la presencia conjugada del azar y la necesidad–, ni por científicos contemporáneos como Jaques Monod. Nos dice Ortega:

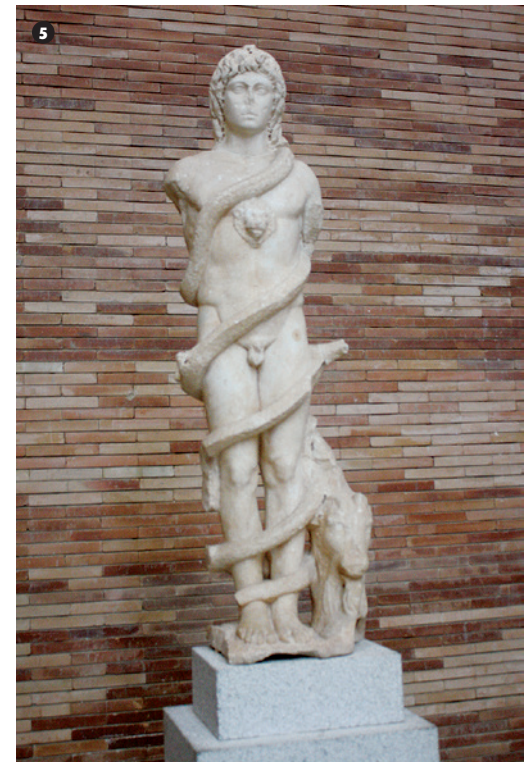
“Desde Parménides, cuando el pensador ortodoxo busca el ser de una cosa entiende que busca una consistencia fija y estática, por tanto, algo que el ente ya es, que ya lo integra o constituye. El prototipo de este modo de ser, que tiene los caracteres de fijeza, estabilidad y actualidad (ser ya lo que se es), el prototipo de tal ser era el ser de los conceptos y de los objetos matemáticos, un ser invariable, un ser-siempre-lo-mismo. Como se encontraba con que las cosas del mundo en torno eran mudanzas, eran ‘movimiento’, comienza por negar su realidad. Aristóteles, más cuerdo, renuncia a tal absolutismo y adopta una solución *juste milieu*. Busca en la cosa mudable lo que en su cambio no varía, lo que en su movimiento permanece. A eso es a lo que llamó ‘naturaleza’ de las cosas, por tanto, lo que en la cosa real parece ocultarse de ser como son los conceptos y los objetos matemáticos. La *physis* era el principio invariable de las variaciones. De este modo se hacía posible conservar el eleatismo fundamental del ser y, sin embargo, pensar como realidades las cosas que para el eleatismo absoluto carecían de auténtica realidad, de *ousia*” (Ortega, 1983).

Según esta deriva, la ciencia positiva toma como soporte axiomático la condición firme e invariable de las leyes de la naturaleza, que como tal es entendida como asociada a todos los valores de inmutabilidad, estaticismo, ser fijo, etcétera. Las traducciones ortodoxas del término *ousia*, se remiten a “sustancia” o “esencia” (AA.VV., 1998) y es entonces soporte con respecto a otros términos de realidad que de ella dependen. Frente a lo *accidental* (lo que sobreviene a), o si se quiere, a lo circunstancial, se opone lo *esencial*, que es permanente e idéntico a sí, por lo que no es extraño que los aludidos términos de estabilidad, firmeza, ausencia de variación y permanencia sean

emparentados con los de naturaleza. Ello nos permite ahora entender por qué el valor tiempo ha sido desterrado de lo natural y arrojado a los ámbitos de lo accidental, de aquello que le sobreviene a lo sustancial. El título de nuestra referida tesis doctoral *el tiempo como sustancia de la forma*, se remite a esta reincorporación del tiempo que el vitalismo reclama en la esencia de las formas. Pero si negamos tales estatutos a la condición humana, se hace necesario renunciar a la naturalidad del hombre; nos dice entonces Ortega que: “El hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia”. (Ortega, 1983, p. 25). Veremos entonces como el tipo, en Moneo, se vinculará a esta idea de historia.

Para este modo de pensar, la vida, la condición radical y existencial de esto que nos viene dado como seres arrojados al mundo, escapará a su estudio desde la razón físico-matemática, pues esta es un gerundio y no un participio. La vida es esencialmente temporalidad, y porque consecuentemente comprende la realidad en su devenir no acepta el estudio del hecho como tal, si este no es un *ver cómo se hace el hecho*. Porque, entre las categorías que expresan el vivir en su exclusiva peculiaridad, se encuentra la temporalidad de la propia vida humana; esta ha de ser estudiada no de un modo irracional, sino con una suerte de razón ampliada que es la razón vital<sup>[4]</sup>, lo cual está en contradicción con el racionalismo en lo que este tiene de razón (razón-pura) al margen de la vida<sup>[5]</sup>. Porque la sustancia de la vida es el tiempo, el cambio y, por tanto, desde este contexto, el tiempo, la historia, deben ser contemplados en su propia radicalidad como objeto de estudio no

5. (S.II d.C.) Aión-Chronos. Colección del MNARM. Escultura hallada entre los restos mitraicos de Mérida. Frente al tiempo entrópico y destructor, la antigua imagen del tiempo como Aión representa a la vitalidad y a la fertilidad infinita. Por ello, esta ha sido relacionada con el pensamiento de Bergson en tanto este autor concibe al cosmos en continua evolución creadora según reza el título de uno de sus más conocidos libros. Fuente: Catálogo del MNARM. Tinti fotografías.



accidental. La vida solo se vuelve transparente ante la razón histórica, pero no como una narración superficial de la *res gestae*, sino como búsqueda de lo que la posibilita y hace inteligible en la totalidad de su ser histórico. En definitiva, no es un ser sino un *estar siendo* lo que caracteriza a la vida humana.

Según la crítica vitalista a la metodología científica, el gran proyecto que la ciencia abordó para dar una respuesta a la condición

[4] Tanto Bergson como Ortega subrayan las limitaciones de la razón ortodoxa. Bergson plantea una dicotomía entre la experiencia inmediata del hombre vinculada al hecho vital y temporal y la inteligencia o razón espacial; algunos autores reprochan a Bergson el haber condenado a ambos aspectos a la incomunicación; otros, sin embargo, ven en el arte una posible salvación de tal inconexión. En Ortega, como indicábamos anteriormente, ambos aspectos no son incompatibles pues quedan abarcados en la razón vital.

[5] Nótese aquí la importante diferencia de criterio respecto al estructuralismo, en tanto que este, y en expresión de Claude Lévy-Strauss, “trata de reintegrar a la cultura en la naturaleza y, finalmente, a la vida en el conjunto de sus condiciones físicoquímicas” (Lévy Strauss, C. (1997). *EL PENSAMIENTO SALVAJE*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica).



del hombre no es satisfactorio. La ciencia se ha centrado en su genuino territorio, es decir, en la naturaleza, y en este sentido ha rebasado todas las expectativas que el hombre moderno depositó en ella. Sin embargo, y paradójicamente, se muestra incapaz para arrojar cualquier clase de certeza operativa acerca de la totalidad del hecho existencial.

La filosofía de Wilhelm Dilthey se había propuesto distinguir entre dos campos de conocimiento; por un lado, las ciencias de la naturaleza y, por otro, las ciencias del espíritu, y todo bajo el objetivo de establecer las metodologías de estudio adecuadas a su diversa condición ontológica, pues, dado el esencial carácter histórico de la vida humana, se hacía urgente la elaboración de una gnoseología al efecto que atendiera al carácter temporal de la vitalidad. Conviene aquí señalar que, aunque ya había sido enfatizada por G.W. Friedrich Hegel la pertinencia de la dimensión histórica de la razón y de las ciencias del espíritu, estas habían sido contempladas en su condición estrictamente lógica y fueron asumidas como mera expresión de lo natural. De este modo, frente al error de investigar lo humano con ideas naturalistas, las ciencias del espíritu “no han sido hasta hoy sino un intento de hacer lo mismo” (Ortega 1983, p. 25). Como contrapartida, surge en Dilthey la denominada crítica de la razón histórica (Dilthey, 1986) cuya última intención consistirá en el esclarecimiento de la naturaleza y estructura de la vida humana y su originaria y radical dimensión histórica.

Al haber cargado todo el peso de la investigación científica en la razón físico-matemática (o en todo caso en la ciencia biológica) o razón natural, el hombre ha olvidado esa otra realidad específica suya que es la propia vida entendida ahora como “realidad radical”, es decir, como entidad no expresable como combinación de términos canónicos o elementales y, por tanto, como entidad no reductible a lo natural. Tal modelo de pensamiento entra en notable contradicción con el llamado atomismo lógico de Bertrand Russell. Respecto a este último modelo, y según Alan

Colquhoun, “existe un fuerte paralelismo entre esta visión y la de los fundadores del Movimiento Moderno en la segunda década del s. XX, quienes igualmente deseaban descomponer las figuras de arte y arquitectura heredadas en sus elementos irreducibles” (Colquhoun, 1991, p. 99). Para Ortega, la metodología científica se muestra inoperante al tratar de interpretar la complejidad existencial bajo el prisma de los parámetros predeterminados por ese mismo filtro metódico. El pensamiento de Ortega nos permite entrever su oposición al utopismo científico, progresista y teleológico imperante en el s. XIX y que tantas consecuencias tendrá tanto en la historiografía de la arquitectura moderna como en los métodos de proyecto.

## TIEMPO DILATADO E INTERPRETACIÓN

Será Ernesto Nathan Rogers junto a su círculo milanés quienes reintroduzcan el debate acerca de la polaridad que en la proyectación arquitectónica se produce entre metodología y tipología (Rogers, 1965). Para Rogers, así como para algunos arquitectos de la siguiente generación, la elección correcta de un tipo iniciaba el proceso exitoso del proyecto, pues si esta elección era acertada, quedaba garantizada la asunción de la problemática implícita en el contexto. El empleo de la tipología estaba extendido en el pasado anterior a la modernidad e implicaba la asimilación de modelos ya experimentados en los que se depositaba una fe no siempre exenta de una cierta capacidad crítica interpretativa. Posteriormente, el arquitecto podía adaptar estos esquemas apriorísticos sin por ello dilapidar la experiencia acumulada en la fijación progresiva del propio tipo, en tanto que este se había forjado al responder en numerosas ocasiones a las mismas demandas.

Cuando en 1969 Oriol Bohigas se remita a esta dualidad nos recordará que frente a los procesos de consecución de la forma empleados en la arquitectura del pasado, “en la arquitectura moderna –y en todo el campo del diseño– la determinación formal por el

camino de la metodología ha tomado una gran importancia hasta el extremo de poder decir que la introducción de la indagación metodológica ha sido el descubrimiento más fecundo del Movimiento Moderno” (Bohigas, 1969, p. 96), si bien cabría aquí matizar que el Movimiento Moderno no es sino una culminación de los presupuestos intelectuales de la era moderna, aunque en ningún caso puede englobarse todo él en un mismo bloque de pensamiento. De ello da buena cuenta la naturaleza contradictoria del propio Le Corbusier capaz de defender la casa como máquina o como templo, y quien no dudó en mostrar su escepticismo frente a lo *sachlich* o en proyectar, por ejemplo, el *Mundaneum*, con referencias metafísicas contra positivas.

Tanto Rogers como su círculo, en el que posteriormente veremos a Aldo Rossi, abogaban por esta alternativa tipológica. Como indicaba Oriol Bohigas refiriéndose a un artículo de Guido Canella titulado MAUSOLÉES Y COMPUTERS: “el furor metodológico [en referencia a C. Alexander y a C. Norberg-Shulz] corre el peligro de quedarse en una situación aséptica, neutra, sin tomar partido por lo realmente importante de un proceso de creación; su finalidad, su propósito” (Bohigas, 1969, p. 99). Todo rigorismo cientifista, según denuncia el vitalismo, cae en la trampa de ocultar sus propias intuiciones y subjetivismos bajo la tapadera de la asepsia. En la propia recopilación de los datos que se toman como arranque para las operaciones algorítmicas de procedimiento ya hay implícito un previo filtrado por parte del diseñador que se ubica en la esfera de sus intuiciones propias, de sus creencias o de su fe, que en modo alguno es objetiva.

Por otra parte, la actitud que confía en el método científico como garante de la proyección arquitectónica delega en el propio automatismo que liga los datos del programa con las soluciones de proyecto en una relación unívoca de causa efecto tal como está implícita en la idea de función. Sin embargo, el proceso implica siempre una tentativa que deberá ser asumida por el proyectista como hipótesis, la cual, en todo caso, será confirmada durante el

propio desarrollo del proyecto. Una adecuada síntesis de función y forma canalizada a través de una hipótesis, o si se quiere, de una idea poética por parte del autor, será imprescindible si se quiere llegar a buen puerto. En este sentido la elección de un tipo que acumula todo un conjunto de experiencias previas se mostrará como un inestimable soporte sobre el que el arquitecto podrá apoyarse en la tarea de afinar su respuesta formal. No existe un programa en arquitectura en tanto este no es “formalizado” durante el propio proceso de proyecto y en indisociable relación con este. Al respecto nos dice Moneo: “El postulado ‘la forma sigue a la función’ no era, pues, tan inmediato. Ciertamente que conocer la función ayuda a definir la forma, pero conocer la función supone ya el crear, el modificar los datos” (Moneo, 1966, p. 2).

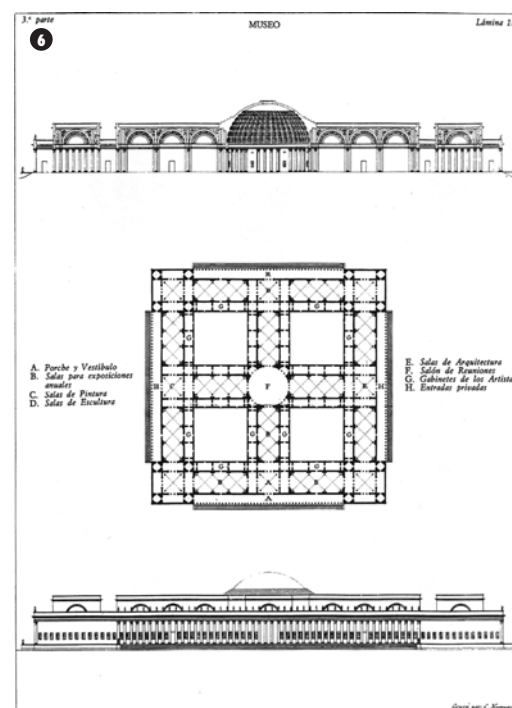
La metodología moderna, mediante un procedimiento horizontal en lo que respecta al decurso temporal, trataba de ofrecer una respuesta objetiva y científica a las demandas específicamente propias de un tiempo concreto y de unas funciones determinadas. Es claro hasta qué punto la duda metódica cartesiana, y en general, el racionalismo y el empirismo del s. XVII han influido en la arquitectura ilustrada, en la denominada primera modernidad, así como en el positivismo del s. XIX, y todo ello al denunciar el papel del mito o del discurso histórico en tanto estrategias de dominación. Cabe entonces recordar hasta qué punto el método durandiano<sup>[6]</sup> trató de sustituir el tipo por el programa, en un contexto posrevolucionario en el que debían implementarse nuevos programas sociales, a la vez que rechazar los avales históricos del *ancien régime*. Puede entonces comprenderse este método combinatorio de elementos canónicos propuesto por Durand, al comparar su homología con el reduccionismo lógico del propio DISCOURS

DE LA MÉTHODE de Descartes, pues al igual que ocurría con Galileo Galilei, este se basaba, entre otros, en la reducción de lo complejo a lo simple para, a continuación proceder a la inversa, así como a los principios operativos de certeza, determinismo y objetividad, principios todos ellos que han sido puestos en duda por los paradigmas físicos e intelectuales contemporáneos.

A pesar del éxito que los paradigmas relativista y mecánico-cuántico han logrado como modelos para la comprensión del cosmos, Miguel Martínez Garrido sostiene que, en la disciplina arquitectónica, solo se han incorporado tímidamente, si bien puede constatar que, en el ámbito de las metodologías de proyecto, el peso de los paradigmas físicos modernos (o si se quiere, newtonianos, si tomamos a Newton como cabeza visible de los mismos), sigue siendo abrumador al constatar su enorme éxito operativo en lo que respecta al dominio de lo natural así como en tanto exoneración de la servidumbre del hombre respecto a ello (Martínez Garrido, 2015 y anteriores). Pero como indicábamos al principio, resulta al menos dudoso que tales presupuestos metodológicos puedan afrontar los retos a los que se enfrenta la arquitectura contemporánea, en tanto que estos no permiten dar cuenta adecuadamente de la integridad temporal y durativa que aquí reivindicamos.

Es sabido, por ejemplo, que las disertaciones recogidas en la Carta de Atenas pretendían afrontar los fracasos de la ciudad maquinal heredada de la Revolución Industrial mediante los mismos respaldos intelectuales que habían propiciado tal revolución. Por otra parte, si la ciencia nueva del s. XVII avaló el desprestigio del principio de autoridad en atención al de experimentación empírica, hoy constatamos

6. J.N.L. Durand. (1821). *Partie Graphique des Cours d'Architecture faits à l'École Royale Polytechnique depuis sa reorganisation, precede d'un sommaire des leçons relatives à un nouveau travail*. 3° parte, Lámina 11, Museo. Fuente: J.N.L DURAND, (1981) *Compendio de lecciones de arquitectura*, Madrid. Ed. Pronaos.



un significativo desfase entre experimentación y experiencia, esto es, entre la hipertrofia de la expectativa y el valor de lo nuevo, por un lado, y nuestra atrofia respecto a la capacidad de asimilación de la experiencia, por otro. Ello habría producido una patología en la componente teleológica del devenir en donde, lejos de su condición libertadora, este se hubiera trastornado en una rutina de la innovación que alejaría al tiempo mismo fuera del control del individuo y que se evadiría como una posible solución a sus problemas vitales. Por otra parte se nos habla del valor de la *inmediatez*<sup>[7]</sup> como una demanda creciente de nuestras sociedades, lo cual revela un llamativo desprecio hacia todos aquellos filtros de mediación, tales como los que constituye el profesional en su legítima labor

<sup>[6]</sup> Puede rastrearse la línea de continuidad entre el método durandiano y el historicismo del s. XIX, pero cabe indicar aquí que dicho historicismo se corresponde con la idea aquí expresada de lo natural por lo que dista notoriamente de la aquí aludida razón vital o histórica. Otro tanto ocurre con el valor de la memoria; el conflicto entre memoria y vida planteado por Nietzsche, debe ser entendido no tanto como rechazo a la memoria, sino al considerar a esta como lastre y gravamen inerte para la vida. El veneno de la memoria se asociará así a la enfermedad de lo crónico y no, a la continua fertilización de un pasado capaz de transferir los acontecimientos pasados en historia presente.

<sup>[7]</sup> Entiéndase aquí *inmediatez* en el sentido de correspondencia automática, directa y causal, es decir, no interpretativa.

como intérprete no automático de las demandas sociales, mientras, en su lugar, se propone la mera gestión transparente y automática de datos y hechos, los cuales, bajo el disfraz de una supuesta objetividad y homogeneidad no ocultan sino nuevos y más sutiles formas de poder.

La modernidad de las vanguardias se centró en una definición del provincianismo restringida a su carácter espacial, mientras que a fecha de hoy, como ya adelantó T.S. Eliot, existiría otro tipo de aldeanismo que a diferencia del clásico, ahora lo sería del tiempo; a pesar de ello el discurso académico de la arquitectura sigue mayoritariamente delegando el fundamento de la misma exclusivamente al espacio. Y aun cuando el valor tiempo aparece en publicaciones asociadas al discurso moderno tales como ESPACIO, TIEMPO Y ARQUITECTURA de Sigfried Giedion, o incluso cuando Le Corbusier lo utiliza como soporte de su idea de la *promenade architecturale*, a pesar de ello, subyace una idea mecánica y espacializada del mismo. Es en estos términos a los que nos remite Henri Bergson al apelar al concepto troncal respecto al que orientó su investigación: la duración<sup>[8]</sup>. Según Bergson, la ciencia positiva no dura, y ello es así porque no asume el sentido irreductiblemente acumulativo del tiempo y su integral y continua interpenetración orgánica. La duración bergsoniana es una característica de la conciencia, sino es la conciencia misma y, en ningún caso puede analizarse con los instrumentos espaciales de la razón operativa propia de la ciencia ortodoxa. Pero Bergson se remonta más atrás al revisar las relaciones entre ser y tiempo tal como fueron formuladas por Parménides<sup>[9]</sup> y Zenón de Elea y posteriormente por Platón y Aristóteles.

En todo caso, nos interesa aquí subrayar la defensa que el pensamiento vitalista realiza respecto a la identificación de la continuidad temporal pasado-presente-futuro, solo en virtud de la cual es posible, a través de la interpretación, un auténtico conocimiento no restringido a mera colección de datos, hechos o información. A este respecto Daniel Innerarity nos dice: “Este es el verdadero desafío de nuestro tiempo: interpretar para obtener experiencias a partir de datos y sentido a partir de los discursos. Y es aquí donde las ciencias humanas y sociales se hacen valer como especialistas de sentido, como saberes que producen y evalúan significación” (Innerarity 2010), pues bien pudiera ocurrir que, en una sociedad que demanda información sin intermediarios, democracias participativas sin delegación, política sin políticos o arquitectura sin arquitectos, esta actitud ejerciera como tapadera para ocultar una ideología cultural dominante según la cual solo aquello transparentemente inmediato –y, por tanto, sin espesor o profundidad temporal– estaría en condiciones de revelar la verdad. Porque la trivial, inmediata y tiránica presencia fáctica de los datos nos impide la visión perspectiva de su continuidad temporal, y nos oculta que quizá tales datos no son neutrales sino que más bien son resultado de una preestructura hegemónica subyacente.

Por eso Friedrich Nietzsche ya nos advierte de que la asunción indiscutible de un progreso garantizado conlleva a la idolatría de lo efectivo (Nietzsche, 2004), lo cual facilita la retórica política del cientifismo, no en la vertiente libertadora que pretendió la Ilustración, sino en tanto uso y abuso de una razón natural

ideologizada e instrumental, al haberse tornando en un nuevo mito. Nos sigue diciendo Innerarity: “La verdadera soberanía epistemológica consiste en interrumpir, no reaccionar mecánicamente, ... resistir contra la aceleración, escapar al estímulo-respuesta, no contribuir ni al pánico ni a la euforia, establecer una distancia, una dilación, posponer la respuesta y posibilitar incluso algo nuevo e imprevisible. La inteligencia y la libertad subjetivas necesitan constituirse, especialmente hoy, como centro de indeterminación e imprevisibilidad” (Innerarity, 2010). Pues bien, este tomar distancia, esta reivindicación de la autonomía insobornable del individuo vivo es lo que nos ofrece el vitalismo. Y son estos referentes los que hemos tratado de mostrar en detalle en nuestra anteriormente referida investigación, pues habiendo sido tomados como respaldo en el proyecto de Mérida, nos muestran el sentido de su conexión con la historia y a la vez avalan su pertinencia, su compromiso y su duración en el tiempo.

## TIPOLOGÍA Y RAZÓN HISTÓRICA EN EL MUSEO DE MÉRIDA

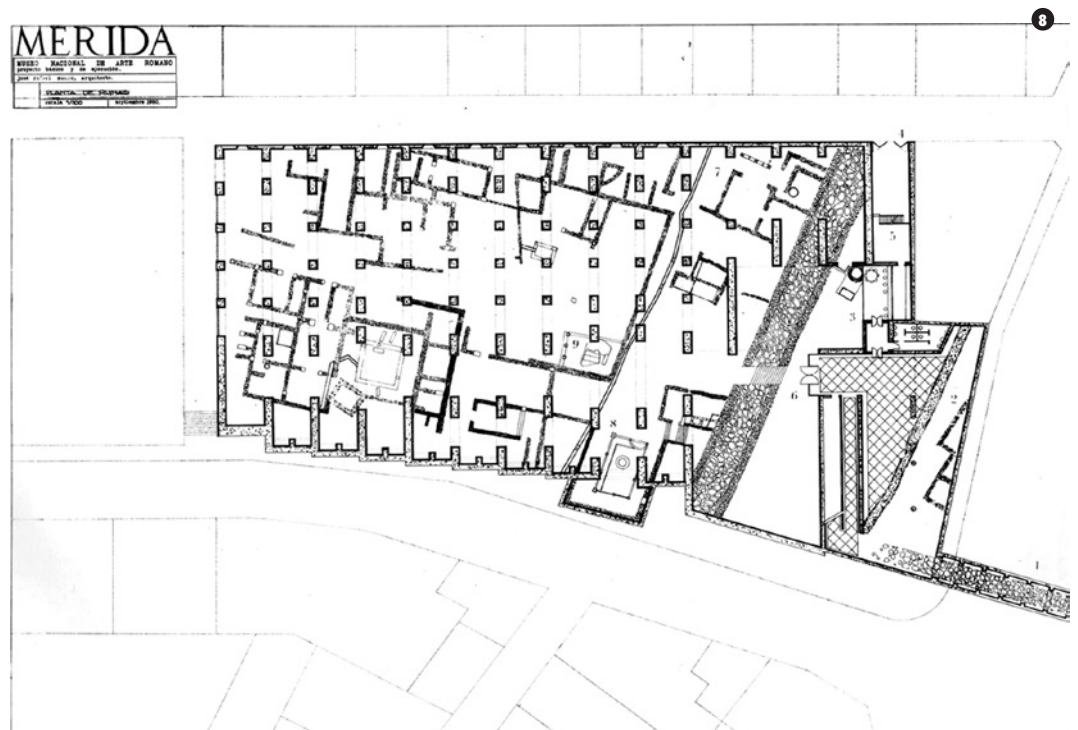
El Museo de Mérida fue encargado como consecuencia de las demandas ejercidas tras el cumplimiento en 1975 del segundo milenio de la fundación de Emérita Augusta, que llegó a ser el núcleo principal del área occidental de la Península Ibérica. Mérida contaba con una muy importante colección de piezas de su pasado romano y se hacía urgente la creación de un nuevo museo; para ello fue elegido un solar extramuros de la antigua muralla junto a los restos del teatro y del circo romanos. El subsuelo de este solar se ubica en un plano de restos arqueológicos a unos ocho metros por debajo de la calle José Ramón Mérida desde la que se accede al edificio. Por otra parte, el solar se corresponde con casi una manzana dentro del trazado que configura la ciudad moderna. Moneo optó por la disposición de tres bloques de ladrillo; uno para la zona administrativa y de ingreso, otro para la zona de talleres y el bloque principal que contiene el recinto expositivo propiamente dicho. Una plataforma horizontal

[8] Según Bergson el tiempo mecánico no es sino una transferencia de las propiedades previamente atribuidas al espacio. De este modo, la ciencia moderna habría **espacializado** el tiempo y habría vaciado a este de su condición como agente irreversible y creador de la evolución histórica.

[9] Según Parménides, por una parte, de una única realidad no puede surgir una pluralidad; por otra parte, la razón nos obliga a aceptar la existencia de una única realidad. De aquí se deriva que el movimiento y la pluralidad son ininteligibles e irracionales. De este modo Parménides elimina lo cambiante, lo que las cosas parecen ser, al afirmar lo permanente y, en definitiva, sacrifica el conocimiento sensible al juicio severo de la razón. Bergson tratará de salvar estas dificultades al reincorporar la experiencia íntima del devenir, sin por ello eliminar la componente temporal de su formulación filosófica.

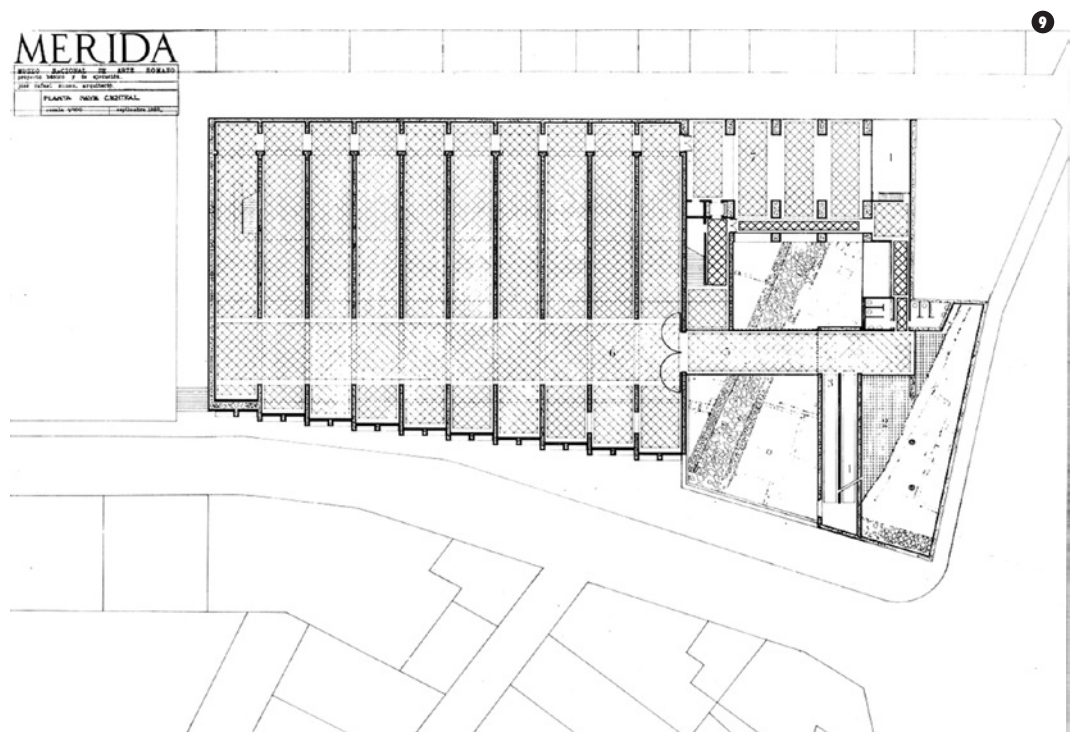


7. MNARM. Fotografía aérea previa a la construcción. Fuente: Fotografía cedida por Rafael Luque, aparejador de la obra.
8. MNARM. Planta a nivel del yacimiento. Fuente: Del proyecto del MNARM.
9. MNARM. Planta a nivel bajo de nave de colecciones. Fuente: Del proyecto del MNARM.



divide la sección de este último en dos áreas; por debajo, una cripta someramente iluminada a nivel del yacimiento y, por encima, la gran sala de colecciones del museo, ampliamente iluminada de forma cenital (FIGURA 10).

Algunas interpretaciones de la forma la contraponen al contenido, o bien la asumen como consecuencia de la ley y la necesidad, lo cual la reduce a un elemento derivado según una relación de automatismo causal; y esto genera, a su vez, un notable recelo frente a la misma. En el contexto español anterior al proyecto de Mérida, la arquitectura museológica se atenía al criterio de la llamada caja neutra persiguiendo con ello una mínima intrusión respecto a la colección con el objeto de evitar cualquier tipo de contaminación en el legado arqueológico o artístico. Según este criterio, el discurso museológico, es decir el contenido objeto del edificio, debía estar, a lo sumo, en manos del museólogo. De este modo, a la arquitectura se reservaba exclusivamente la condición operativa en el sentido de ofrecer el "continente".



10. Rafael Moneo (2013) Esquema del Museo de Mérida durante una entrevista con el autor. La idea acerca de un espacio y de un tiempo absolutos coordinados a través del movimiento es asumida por la cosmología moderna de Newton. Sin embargo, este paradigma ha entrado en crisis desde el siglo XIX; en lo que respecta al Museo de Mérida, y en especial, en lo que al parámetro tiempo se refiere, es desde la cosmología contemporánea desde donde cabe afrontar una interpretación. Fuente: Cedita por Rafael Moneo.
11. MNARM. Nave transversal. Fuente: Del proyecto del MNARM.

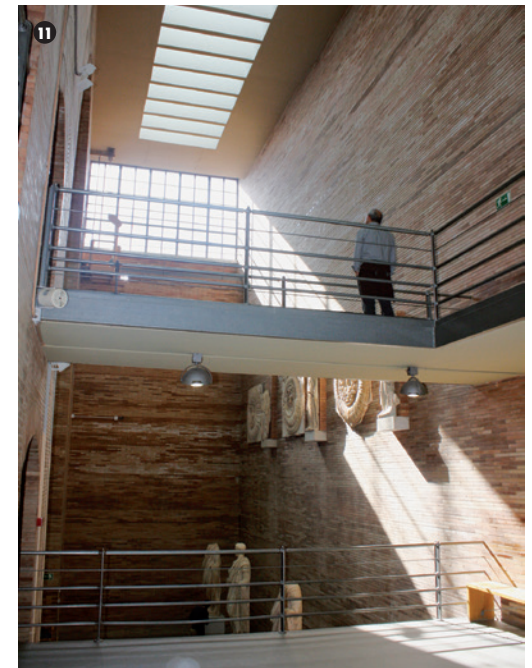
Por el contrario, Moneo optará por atribuir contenido a la forma, de modo que la propia estructura y configuración del edificio se ofrecerán como discurso narrativo de cara a la consecución de los objetivos del museo. No se tratará de ofrecer el receptáculo para una taxonomía de las piezas romanas sino una estructura que será indisociable de la línea discursiva, al concebir a la propia forma como contenido. Se apelará entonces al propio carácter romano como recurso para religar unas piezas que han perdido su significación y su contexto después de 2.000 años. Lejos de un espacio concebido al modo moderno y newtoniano, esto es, como espacio vacío cercado y delimitado por un contenedor neutro, ahora, el espacio es entendido como un campo de fuerza en el que las piezas mismas, en virtud de su disposición y relación mutua, constituyen el espacio<sup>[10]</sup>.

Las esculturas romanas se encuentran cómodas en esta arquitectura, en tanto que ella ha sido concebida como una escenografía al modo romano (FIGURAS 1, 11 Y 16). Frente a una arquitectura aséptica y neutral, en Mérida hay un compromiso formal que busca en la propia forma y en la materia los caracteres que avalan su pertinencia en el tiempo en la medida en que se han sabido aglutinar los factores que garantizan su durabilidad y en tanto que se ha comprendido el flujo temporal como síntesis indisoluble; la forma no responde a un estatismo *sub specie aeternitatis*, sino a un dinamismo en su acepción vital en continuo devenir, de modo que términos tales como historia o memoria serán ahora concebidos en su dimensión ontológica como aspectos irreductibles y pertenecientes intrínsecamente a la arquitectura. No hay contagio automático del contexto sino asunción del mismo, bien entendido que la arquitectura –como el “yo” al que antes nos referíamos– posee su propia y vital autonomía y que solo de



este modo estará en condiciones de ofertar una adecuada permanencia –firmitas– respecto al lugar en que se ubica. La arquitectura entonces transformará voluntaria y responsablemente el lugar al tomar constancia de un devenir temporal de la que es partícipe de forma activa pues ella es marco irrenunciable de la vida humana y de los colectivos humanos a los que sirve.

Frente a una arquitectura entendida como respuesta derivada de un programa, será entonces la propia arquitectura la que se entrometa en la elaboración del mismo, y será el arquitecto el que ejercerá como intérprete de las demandas sociales, pues solo de este modo estará en condiciones de llevar a cabo su misión en el sentido de “dar forma”. ¿Cómo sino podría el arquitecto llevar a cabo tal tarea si el programa viniera ya previamente formalizado



por la administración o por cualquier otro agente ajeno a la arquitectura?

No hay entonces automatismo programático, reduccionista y combinatorio al modo del método durandiano, sino constancia de la congenialidad histórica de una forma que reconoce en el tipo su propia identidad con el pasado. El tipo –cuyas referencias podremos encontrar en la disposición de las naves de la Mezquita de Córdoba o en la sucesión de muros de una atarazana– explorará los resortes intrínsecos de una arquitectura del pasado con la que el arquitecto ha encontrado las afinidades oportunas pero que, en todo caso, deberá ser confrontado con un contexto, pues será al medirse con este cuando encontrará su adecuación y pertinencia. De la Mezquita de Córdoba<sup>[11]</sup> Moneo extrae uno de los recursos

[10] A diferencia del espacio newtoniano en donde este no altera la condición física de las partículas que en él se ubican, en el campo, las partículas físicas conforman a este y, a su vez, el campo determina el comportamiento de las partículas. Si el espacio newtoniano puede identificarse con el vacío, el campo es la conformación estructural delatada por el orden relacional de los elementos que lo integran.

[11] En la tesis doctoral que hemos realizado abordamos en profundidad el empleo de los referentes tipológicos de los que este edificio se vale.



12. (S. VIII a s. XVI). Mezquita de Córdoba. Córdoba. Fuente: [http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mosque\\_Cordoba](http://commons.wikimedia.org/wiki/File:Mosque_Cordoba)

13. (S. II d.C). Mercados de Trajano. Foros imperiales. Roma.



más exitosos del proyecto. En Córdoba los planos que conforman las dobles arcadas de las naves longitudinales se alinean de forma ortogonal respecto a la dirección del rezo hacia la quibla. De este modo, los paramentos donde se ubican los arcos se ofrecen de forma frontal respecto al espectador. En Mérida, los muros de las naves se ofrecerán también frontalmente, mientras los grandes arcos se recortan en ellos constituyendo una virtual nave basilical en donde —a diferencia de lo que ocurre en los Mercados de Trajano, en Roma, otra importante referencia— se ha descarnado de materia a los alzados laterales, consiguiendo con ello una

eficiencia extrema entre la idea de frontalidad y la idea orteguiana de escorzo<sup>[12]</sup> (FIGURA 16).

Como indicamos, la idea de una relación causal y unívoca entre función y forma está en estrecha relación con una asunción del valor tiempo en su acepción estrictamente mecánica y cronológica, deudora del concepto de naturaleza anteriormente referido, lo cual se contrapone a las tentativas de implementación de otras temporalidades capaces de sintetizar el binomio entre libertad y necesidad<sup>[13]</sup> para con ello dar cuenta del hecho humano existencial en el que, en última instancia, reside la

pertinencia de la arquitectura. Es precisamente a esta síntesis a la que Moneo se refiere en el año 2005 en su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando titulada *SOBRE EL CONCEPTO DE ARBITRARIEDAD EN LA ARQUITECTURA* (Moneo, 2005). El peso del papel que lo necesario juega en el discurso occidental lleva a una generalizada desconfianza de esta idea de lo arbitrario; el propio Moneo tuvo ocasión de confesarnos sus dificultades a la hora de compartir estas tesis (Moneo, 2015).

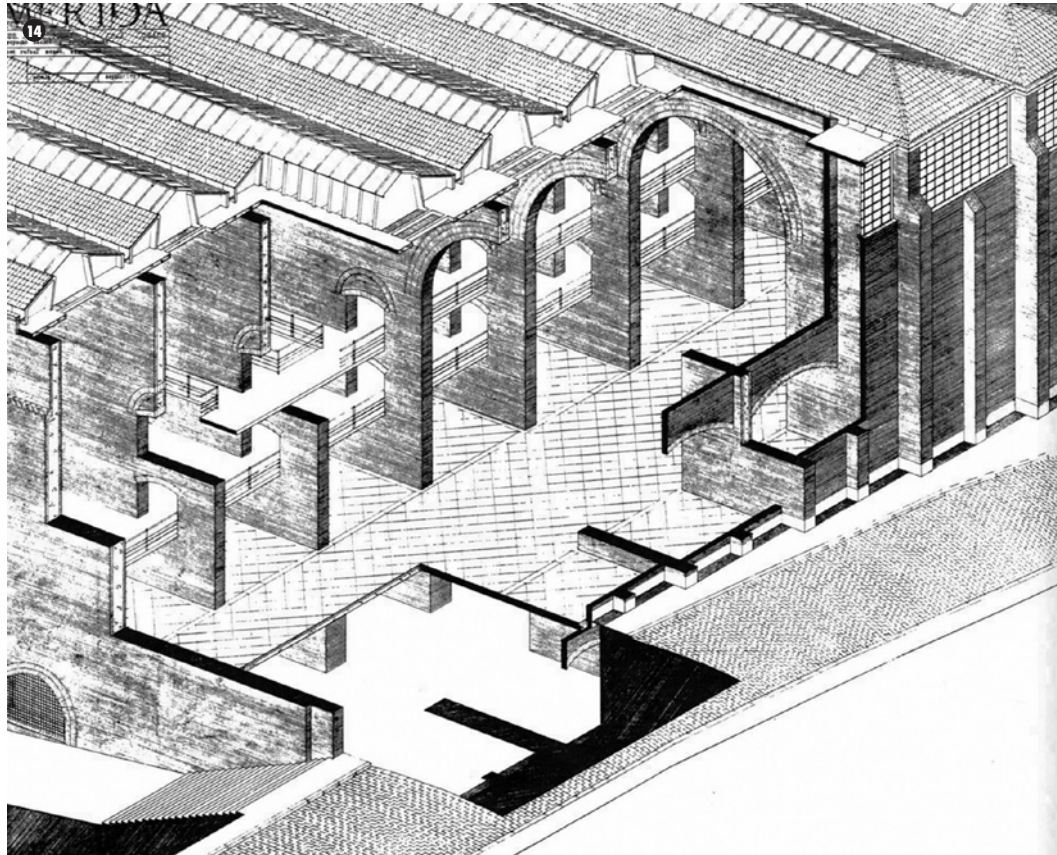
En Mérida —como en buena parte de la obra de Piranesi—, subyace esta idea. Parafraseando a Julián Marías, el contexto condiciona mi ser pero no lo agota, no me está dado el ser futuro. De igual modo, la arquitectura está definida por su historia, pero hay una continuidad esencial en la que el futuro se ofrece como una expectativa y donde el presente es nexa y no barrera. Frente a la obra de Louis Kahn, para quien la forma obedece a la esencia atemporal y arquetípica del platonismo, en Mérida, el pasado no se desvincula del presente sino que ambos se solapan. Por eso, en Mérida, la referencia a un pasado romano coexiste con la asunción de una construcción moderna manifiesta, por ejemplo, en las placas del forjado, en su carácter

[12] La idea orteguiana de escorzo es retomada por Colin Rowe (1999) en: *MANIERISMO Y ARQUITECTURA MODERNA Y OTROS ENSAYOS*. Barcelona: G.G. Según Ortega, la realidad se nos ofrece siempre de una forma patente y frontal a nuestra percepción. Pero, a la vez, y a través del escorzo como órgano de la profundidad visual, el intelecto estaría en condiciones de interpretar esas otras dimensiones ocultas o latentes.

[13] Esta relación ha sido estudiada por el autor de este artículo en un ensayo titulado: *G.B. Piranesi; LIBERTAD Y NECESIDAD EN LA ARQUITECTURA* (Tomillo, 2013). La herencia que el Museo de Mérida ha recibido de Piranesi se funda, no solo en los parecidos evidentes, sino en el soporte intelectual que supone este binomio. Nos hemos referido anteriormente al caso de Demócrito. Este autor sostiene una concepción atómica y mecanicista del cosmos. A diferencia de Parménides reconoce la posibilidad de una pluralidad gracias a la existencia del vacío como elemento intermedio. Sería en este vacío en donde los átomos se mueven eternamente de forma necesaria. El azar sería entonces la incapacidad del hombre para conocer el curso completo de los acontecimientos. Jaques Monod atribuye a Demócrito la concepción del devenir según “el azar y la necesidad” en su libro homónimo, aunque algunos autores atribuyen la expresión más bien a la filosofía de Epicuro.



14. MNARM. Axonometría de la nave de colecciones. Fuente: Del proyecto del MNARM.



neoplástico o en el uso del ladrillo romano deliberadamente sin junta para obtener un cierto grado de abstracción y de no literalidad.

Nos interesa entonces someter a juicio la cuestión acerca de si la referida metodología, es o no un correlato respecto a los presupuestos asumidos por el método científico en tanto que incardinado en el fundamento a que este se atiene, es decir, respecto a la idea de razón natural y en concreto respecto a la idea de naturaleza. Y ello porque si esto fuera así, su misma condición rígida e inadecuada, sería objeto de crítica al evidenciarse el reseñado conflicto denunciado por Ortega, en tanto no

estaría incardinado en una orgánica continuidad temporal.

Hemos tratado de vincular la idea de razón natural con la metodología al igual que la idea de razón vital o razón histórica con la tipología pues tal correlación nos permite entender el concepto de tipo tal como lo concibe Moneo<sup>[14]</sup>. Sin embargo, creemos que tal correlación no es válida en otros arquitectos como Rogers o Rossi. Tomemos el caso de este último, porque el estudio de su obra nos permitirá aclarar la especificidad de Moneo. A pesar del muy importante aprecio por parte de este último, existe una divergencia entre ambos respecto al

método de trabajo y a sus fundamentos teóricos. Rossi reivindicará la historia y la continuidad para, desde ellas, analizar la arquitectura de la ciudad (Rossi, 1982) y llevará esto a cabo desde los instrumentos de la razón, asumiendo esta última en el sentido natural.

Desde este marco —en Rossi vinculado a lo platónico y al estructuralismo—, la relación entre historia y razón es conflictiva, pues el mundo de las ideas es atemporal; no cabe entonces la pretensión rossiana de una superación de ambos términos. En Rossi se nos muestra un substrato que no es ajeno a este modo de entender el tiempo; Rossi nos dice que la historia es la materia de la arquitectura, pero hay una barrera entre lo permanente y el devenir, que solo a través de la memoria es posible unir, aunque a costa de relegar el presente a una condición pasiva. El pasado no encuentra entonces su pertinencia en el presente. Algo similar creemos que ocurre en el caso de la torre Velasca (1956 -1958) del equipo BBPR de Rogers; este edificio se nos muestra más bien como la cristalización de un tratado teórico de su postura, lo cual no es desdeñable, pero a nuestro juicio, su remisión a la tradición no llega a encontrar los lazos que permiten evidenciar su congenialidad con el presente.

En Mérida, por el contrario, el pasado romano forma parte del contexto que ha quedado enterrado, erosionado y fragmentado por el tiempo; se trata de una realidad viva que hay que desvelar y, a la vez, ocultar. Hay por otra parte un talante poético del autor a la hora de interpretar el pasado romano con objeto de recuperar la significación perdida por medio de un relato que, como indicábamos aporta la propia arquitectura. Y ese relato tomará conciencia del carácter irreductible del tiempo, de la historia, de la memoria y del hecho humano en general, en tanto este no se agota en lo natural. Tomemos el caso de un arco; como sabemos, un arco obedece a unas leyes tectónicas, naturales y, en este sentido, atemporales, pero esto no es suficiente, porque en Mérida, un arco es también la analogía de un tiempo histórico, a saber, el romano, pero

[14] Véase su artículo "Sobre la noción del tipo" (Moneo, 2004).

15. BBPR. (1956-1958). Torre Velasca, Milan. Fuente: <http://es.fotopedia.com/items/flickr-3653403171>

16. MNARM. Nave de colecciones. Fuente: Fotografía del autor.



cuya continuidad se extiende en el presente. Nos dice Ortega al respecto:

“No hay, por tanto, que lagrimar demasiado sobre la mudanza de todo lo humano. Es precisamente nuestro privilegio ontológico. Solo progresa quien no está vinculado a lo que ayer era, preso para siempre en ese ser que ya es, sino que puede emigrar de ese ser a otro. Pero no basta con esto: no basta que pueda libertarse de lo que ya es para tomar una nueva forma, como la serpiente que abandona su camisa para quedarse con otra. El progreso exige que esta nueva forma supere la anterior y, para superarla, la conserve y aproveche... Progresar es acumular ser, tesaurizar realidad” (Ortega, 1983, pp. 42-43).

Y es precisamente este **acumular ser** lo que tenemos en Mérida, porque este edificio es romano pero también es moderno, y es en esta síntesis donde Moneo focalizará su esfuerzo, para

con ello lograr esta ansiada congenialidad que actualiza el pasado como algo vivo; la historia no será entonces incompatible con la razón, pues como hemos visto, la razón histórica será contemplada como una razón natural ampliada en cuyo seno el tiempo no queda relegado al no ser, sino que es fundamento y sustancia.

## REFERENCIAS

- AA.VV. (1998). Diccionario de filosofía Ferrater Mora. Barcelona; Ed. Akal referencia.
- Aristóteles. (2011). Física; El estudio de las causas primeras de la naturaleza y del movimiento en general. Madrid: La Crítica Literaria.
- Bauman, Z. (2006). Vida líquida. Barcelona: Paidós Estado y sociedad.
- Bergson, H. (1927). Ensayo sobre los datos inmediatos a la conciencia. Madrid: Ed. Francisco Beltrán.
- Bohigas, O. (1969). Contra una arquitectura adjetivada. Barcelona: Ed. Seix Barral S.A.

- Colquhoun, A. (1991). Modernidad y tradición clásica. Madrid: Júcar Universidad.
- Dilthey, W. (1986). Introducción a las ciencias del espíritu. Madrid: Alianza Universidad.
- Innerarity, D. (16 de noviembre de 2010). La sociedad de los intérpretes. El País. Recuperado de: [http://elpais.com/diario/2010/11/16/opinion/1289862004\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2010/11/16/opinion/1289862004_850215.html)
- Koukoutsis-Mazarakis, V. (2001). José Rafael Moneo Vallés: 1965-1985 (tesis doctoral). Department of Architecture. Massachusetts Institute of Technology. Cambridge, Massachusetts, EE.UU.
- Kuhn, T.S. (1994) La estructura de las revoluciones científicas. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- Martínez Garrido, M. (2015 y anteriores). Conversaciones y clases teóricas del curso Disgeometrías de la Arquitectura Contemporánea en los seminarios de doctorado de la ETSAM. Madrid.
- Marramao, G. (2008). Kairós; Apología del Tiempo Oportuno. Barcelona: Ed. Gedisa.



- Moneo, R. (1984). Museo de Mérida. (Memoria del autor). Arquitectura COAM, (248), 32-45.
- Moneo, R. (1966). A la conquista de lo irracional. Arquitectura COAM. (87), 1-6.
- Moneo, R. (2004). Sobre la noción de tipo. En: F. Márquez, y R. Levene. (eds.); Rafael Moneo 1967-2004; Antología de urgencia. (págs. 584-606). El Escorial: El Croquis.
- Moneo, R. (2005). Sobre el concepto de arbitrariedad en la arquitectura; discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Leído el 16-Ene-2005. Madrid: Ed. RABASF.
- Moneo, R. (2015, Mayo, 29 y 30). Entrevista realizada con Arturo Tomillo. Madrid. (Incluida en la tesis doctoral de Arturo Tomillo Castillo con título El tiempo como sustancia de la forma; una aproximación al Museo de Arte Romano de Mérida desde los presupuestos del vitalismo. Director: Miguel Martínez Garrido. Tribunal presidido por Rafael Moneo y conformado también por Antón Capitel, Enrique de Teresa, Fernando Marías y Juan Calatrava. Lectura con fecha de 12 de enero de 2016. Departamento de Proyectos Arquitectónicos. Escuela Técnica Superior de Arquitectura. Universidad Politécnica de Madrid.
- Nietzsche, F. (2004). Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida. Segunda consideración intempestiva. Madrid: Edaf.
- Ortega, J.(1983). Historia como sistema. En: J. Ortega. Obras Completas Vol. VI. (págs 13-50). Madrid: Alianza Editorial- Revista de Occidente.
- Ortega, J. (2007). Meditaciones del Quijote. Madrid: Ed. Cátedra.
- Platón (1960). Timaios. En J.B. Bergua (ed.), Diálogos: Filebos, Timaios, Kritias. (págs. 203-298). Madrid: Ediciones ibéricas.
- Rogers, E. N.(1965). Esperienza di un Corso universitario. En AA.VV, L' Utopia della Realtá. Un esperimento didattico sulla tipologia della scuola primaria (págs 12-23). Ed. Leonardo da Vinci.
- Rossi, A. (1982). La arquitectura de la ciudad. Barcelona: Gustavo Gili.
- Tomillo, A (2013). G.B. Piranesi; Libertad y necesidad en la arquitectura. Octubre, 03, 2015. <http://museocerralbo.mcu.es/actividades/historico/cursosCongresosConferencias.html>